



Defne Suman

En la mesa del desayuno

Traducción del turco de Rafael Carpintero



Galaxia Gutenberg

DEFNE SUMAN

En la mesa del desayuno

Traducción de
Rafael Carpintero

Galaxia Gutenberg



REPUBLIC OF TÜRKİYE
MINISTRY OF CULTURE
AND TOURISM



La publicación de este libro ha recibido una ayuda del Ministerio de Cultura y Turismo de Turquía, a través del programa TEDA.

Título de la edición original: *Kahvaltı Sofrası*
Traducción del turco: Rafael Carpintero Ortega

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: septiembre de 2026

© Defne Suman / Kalem Agency, 2024
© de la traducción: Rafael Carpintero Ortega, 2026
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Plaça Verdaguer n.º 1, 08786-Capellades
Depósito legal: B 14649-2026
ISBN: 979-13-88236-27-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A mi madre...

Escribí esta novela inspirándome en el relato breve de Ayfer Tunç «La carga».

El telón de la verdad es de hierro y, si te cae encima, te aplasta. De hecho, eso es lo más trágico de la historiografía. Aquellos a quienes se les ha caído encima el telón queriendo levantarlo. Nadie escribe su historia.

AYFER TUNÇ, «La carga»

Abrázame donde mi madre lo dejó, enfádate conmigo donde desistí del amor.

METIN ALTIOK

I

La puerta se entornó.

–Burak...

Refunfuñé.

–Chist, Burak. ¿Estás dormido?

El parquet crujió. Selin se deslizó al interior del cuarto. Ya estoy despierto, Selin. Gracias a ti. A duras penas entreabrí los ojos, pegados por las legañas. Me estallaba la cabeza. Unas piernas bronceadas por el sol entraron en mi campo de visión. Luego unos cabellos me cayeron en la cara haciéndome cosquillas en el cuello. Selin se sentó en el suelo al lado de la cama. Sonrió ladina al comprender que me había despertado. Cerré los ojos. Techo alto, pintura blanca, dolor de cabeza.

–¡Parece que está resacoso, caballero! Tiene la mirada bizca.

–Hmmm.

–Chist, Burak, despierta. Tengo algo que decirte.

¡Lárgate ya, Selin! Estoy durmiendo. Ve a meterte en la cama de un chico de tu edad. Eres joven y bonita, tienes el pelo como espigas de trigo y las piernas como columnas de mármol, pero a mí me interesa tu tía, no tú. ¿Dónde está? Dormida, claro. ¿Dónde iba a estar?

Al pensar en Nur se me vino a la cabeza lo de anoche. Estábamos sentados en el embarcadero de madera que hay más abajo de la casa. Nur, Selin y yo. Tía, sobrina y Burak, el amigo de la familia. Burak, el amigo de Nur. Estábamos borrachos. Entre Selin y yo nos habíamos liquidado dos botellas de vino

tinto. Nur, a pesar del calor de la noche de verano, insistía en beber coñac. Apagaba los cigarrillos en la madera podrida del viejo embarcadero, pero, en lugar de tirar las colillas al mar, las alineaba cuidadosamente sobre las tablas. ¿Y luego? Luego tú, Selin, subiste a la casa y regresaste con otra botella de vino en la mano. Como no eras capaz de caminar en línea recta y te tambaleabas, la botella se te cayó al agua. Yo la saqué de donde había caído. Risas y aplausos de Nur y Selin. Burak el héroe. ¿Y? Salvé la botella de vino del agua, que me llegaba a la rodilla. Luego nos la bebimos también. Y liamos un porro. Nur había sacado algo de hierba. Y luego yo me besé con una de vosotras. Probablemente con Nur. ¿O fue con las dos a la vez? No, no, ni hablar. No besé a ninguna. Eso fue un sueño.

—¡Chist, Burak! ¡Despiértate de una vez, hombre! Te lo digo en serio. Mi padre no está.

—Ajá.

—Que te digo que mi padre no está. ¿Me has oído? Se ha marchado.

—Volverá enseguida, Selin. Habrá salido a dar un paseo.

Sí, había sido un sueño. Y uno muy bonito. Besaba a Nur. Estábamos solos en el embarcadero de madera. Pero entonces no estaba aquí, enfrente de la casa de Şirin Saka, sino en la playa del valle solitario en la que conocí a Nur. A la luz de la luna que había salido por detrás de las nubes el cuerpo desnudo de Nur brillaba como la plata. Tenía que decirle algo muy importante, pero me contuve porque, si hablaba, me saldría del sueño.

Abrí los ojos obligado por los toquecitos de Selin. Bien, se acabó el sueño. Aterrizaje forzoso en el presente. Al posar las ruedas en el suelo me volvió a palpar la cabeza. Los componentes de mi personalidad fueron derramándose uno por uno en mi conciencia. Soy Burak Gökçe. Tengo cuarenta y cuatro años. Varón. Esto es la casa de Şirin Saka en Büyükada.¹ ¿El

1. La «Isla Grande», la mayor de las islas Príncipe, en el mar de Mármara, junto a Estambul (N. del T.).

día? Domingo. Fiesta de fin de ramadán. Mañana es el centésimo cumpleaños de Şirin Saka. Me encuentro aquí en mi condición de amigo de la familia y de periodista.

Cuando me giré hacia la mesilla para coger las gafas me di de narices con Selin. El mundo estaba borroso, pero tenía a Selin tan cerca que, quisiera o no, podía ver que abría de par en par sus ojos azules mientras me hablaba. Me pusieron de los nervios su actitud infantil y su tono de voz, birlado de las series nacionales.

—Que no, que no. Que se ha marchado de la isla. No ha deshecho la cama. Está tan perfecta como la dejó ayer por la mañana Sadik. O sea, que no ha dormido en ella. Ha cogido la mochila que se lleva en los viajes. Tampoco está su ordenador. El cargador, todo ha desaparecido. ¡Mi padre se ha marchado, Burak!

Suspiré. El color rosado de la luz que entraba por la ventana abierta había empalidecido convirtiéndose en amarillo. Ingratas mañanas de verano. Sol inquieto. Preocupado por elevarse de inmediato al cielo como si no fuera él quien iba a pasarse dieciocho horas allí colgado. Pensé en Fikret, el padre de Selin. Me llamó y me dijo que iban a celebrar en familia el centésimo cumpleaños de la abuela y que de la prensa solo me iban a invitar a mí. Con la misma voz sería de siempre. Me reí para mis adentros. ¡Como si Şirin Saka le importara a la prensa! De acuerdo, en tiempos fue una pintora cuyo nombre se mencionaba a menudo en los círculos artísticos, pero ahora ¿quedaba alguien que lo recordara? No dije nada. Al fin y al cabo, Şirin Saka era la abuela de Fikret.

Me sentó un poco mal que no fuera Nur sino su hermano mayor Fikret quien me invitara a la casa de la isla, pero lo cierto es que era una oportunidad que no podía dejar escapar. Me alojaría en la casa de Büyükada de Şirin Saka durante todos los días de la fiesta. Podría hablar con Şirin Hanım,¹ pasar el rato

1. Hanım y Bey son los títulos de respeto tradicionales que se usan habitualmente para mujeres y hombres (como señora/señor) (N. del T.).

en la biblioteca en la que creaba sus obras, mirar viejas fotografías, leer las cartas, postales y, si los había, los cuadernos de memorias que tuviera allí. Además, durante todo ese tiempo estaría bajo el mismo techo que Nur, y Ufuk, su marido, no podría unirse a nosotros por algún motivo familiar que no me importaba. No me pensé dos veces la propuesta de Fikret.

En tiempos ardía en deseos de poder entrevistar a Şirin Saka. Se lo pedí muchas veces a Nur. Que me organizara un encuentro con su abuela. Nur siempre se hizo la loca. Como si su abuela fuera una inencontrable tela de la India. Tiempo después dejé de insistir. Y ahora la oportunidad se me presentaba por sí sola. Cierto, Fikret me había avisado de que a su abuela la cabeza se le iba a veces, pero yo llevaba años entrevistando a gente mayor. Había aprendido a unir las imágenes que reflejaban los pedazos de un espejo roto para formar una historia coherente. La mente errante de Şirin Hanım para mí no sería más que un simple rompecabezas.

En la punta de mi nariz, Selin esperaba una respuesta. Aspiré su dulce perfume a canela. Tenía la boca como llena de barro. Moví con dificultad los labios, pegados por la sequedad:

—Puede que esté haciendo yoga. ¿No habíais dicho que no es capaz de empezar el día sin yoga?

—¡Ay, qué tendrá que ver, Burak! ¿Va uno a hacer yoga llevándose la mochila y el ordenador? Además, el yoga lo hace en su cuarto, antes de que salga el sol. Por lo visto no sirve de nada después del amanecer. Venga, levántate. Vamos a buscar a mi padre. Bajemos al muelle. Estoy muy preocupada. Puede que haya tomado el vapor o algo así.

Aparté la colcha, que se me había enredado entre las piernas, y me incorporé sobre un codo. Selin se rio al ver mi camiseta:

—Vaya. Conque Metallica, ¿eh?

Anoche, cuando llegué borracho al cuarto, me puse aquella camiseta porque, en la oscuridad, fue lo primero que encontré a tientas en un armario. La camisa se me había mojado cuando

me metí en el agua para recuperar la botella de vino. Me la quité y la colgué en algún lado por donde el embarcadero. La camiseta debía de ser de Oğuz, el hermano mayor de Selin.

—¿Dónde está Nur? ¿Está despierta? Puede que ella sepa dónde ha ido tu padre.

—¡Ja! Si tuviéramos que esperarla... Mi tía no se despierta antes de mediodía... Se pasa la noche escribiendo. Ha empezado una nueva novela. Una novela histórica. Se la ha encargado un empresario millonario. ¿No lo sabías? Escribe cuando todos estamos durmiendo. ¡Por algo es una escritora fantasma!

Selin se rio de su propio chiste. Yo no dije nada. Me dolía que Nur hiciera de escritora fantasma. Todo lo de Nur me dolía.

—Bueno, me levanto. Dame un momento. Dos minutos para despejarme y lavarme la cara. Espérame fuera.

Selin se puso en pie rezongando. Se encaminó hacia la puerta. ¿A qué venía tanta familiaridad? Burak, hijo, eso es lo que pasa si compartes la botella de vino en la oscuridad de la noche. Seguro que le conté algo de mí por efectos de la borrachera. Algo que hacía que ahora Selin se sintiera muy cercana a mí.

Me quité de encima la colcha de un tirón y me senté en el borde de la cama. El dolor de cabeza no se me acababa de pasar. Llené un vaso con el agua de la jarra de la mesilla de noche. Bebí un poco y me presioné el vaso contra las sienes. Su frescura me vino bien. No estaba como para levantarme todavía. La mirada se me fue al cuadro que había sobre la mesilla. Un óleo firmado por Şirin Saka. Un barco entre sombras azul claro y oscuro. Unas siluetas delgadas y negras en la cubierta se mezclaban con el humo que salía de unas chimeneas dibujadas desproporcionadamente grandes. No tienen cara. Agitan pañuelos blancos. De fondo, montañas verdes y edificios de piedra tallados en las montañas. O quizás tumbas de piedra... La niebla desciende desde las cumbres hasta las faldas y la proa del barco se pierde en ella. Por algún motivo, el cuadro me hizo pensar en Süheyla Hanım. Süheyla Bulut, la madre de Nur, fallecida antes de tiempo, la única hija de Şirin Saka.

Yo no llegué a conocer a Süheyla Bulut. Murió el último día de las vacaciones en que conocí a Nur. El día que volvíamos. Mientras regresábamos de Fethiye a Estambul en un autobús nocturno. Aunque sabía que era una estupidez, estuve años alimentando rencor en secreto hacia la pobre mujer porque había estropeado nuestro amor. Como si Nur y yo hubiéramos podido mantener una relación como es debido si su corazón no se hubiera detenido mientras regresábamos a Estambul. Ahora, contemplando las siluetas largas y delgadas de neblina azul en el cuadro de Şirin Saka, comprendía mejor que había llevado aquel rencor dentro de mí durante años. Como si de haber vivido su madre, Nur se hubiera enamorado de mí. Me lo había creído de verdad. ¡Qué estupidez!

Otro vaso de agua. Mi garganta se había convertido en un desierto. Era incapaz de humedecerse. El agua me bajaba al estómago sin rozar la sequedad de mi garganta. Con la jarra en la mano, me levanté y me dirigí a la ventana. Aparté el visillo y miré hacia el jardín. El jardinero, con un cigarrillo apagado entre los labios, regaba con una manguera la tierra seca. Los árboles, las plantas, las flores en sus macetas, todo estaba seco. Şirin Hanım y Sadık el mayordomo ya estaban lo suficientemente mayores como para no poder cuidar el jardín. Sin embargo, ¡qué bello había sido en tiempos! Lo adornaban rosas multicolores, madreselvas que trepaban por los muros, buganvillas moradas y rojas que llamaban la atención...

Me apetecía despertar a Nur y hablar sobre esa mañana en que fuimos juntos a la Universidad del Bósforo. ¿Y si pasaba por el baño compartido por nuestros dormitorios, llamaba a su puerta, nos echábamos el uno junto al otro y ella lo recordaba un poco y yo hacía lo mismo...? ¿Y si contemplábamos nuestra juventud en el recuerdo del otro como quien ve una película antigua...? ¡No! No puedo cruzar al cuarto de Nur por aquel pasaje entre los dormitorios mientras Selin esté montando guardia en la puerta. Encima, Nur se enfadaría de verdad si interrumpiera su precioso sueño. ¿Y quién querría re-

cordar la mañana en que recibió la noticia de la muerte de su madre?

Tendría que recordarla yo solo.

Y eso hice.

Sonriendo, Nur me hace gestos con la mano apretando entre los dientes una tarjeta telefónica. Es justo antes de llamar a su madre. Estamos en el verde campus de la Universidad del Bósforo, rodeado por esos hermosos edificios de tejados rojos. Yo estoy sentado en esas gradas a las que llaman los *steps*. Sentado en los *steps* lo de abajo se ve como el escenario de un teatro: estudiantes que regresan a los colegios mayores llevando sus maletas, chicas bonitas bronceadas, gatos tumbados en la hierba al sol primaveral. La vida está representando su mejor obra para mí. Mientras se dirige hacia la cabina telefónica, el vestido estampado de Nur revolotea. Los chicos que andan por el campus se vuelven a mirar sus bien formadas piernas bronceadas por el sol. El vestido es muy cortito. Demasiado corto para mayo. Demasiado veraniego con su brillante anaranjado, rojo, amarillo. No me había dado cuenta de lo corto que era hasta que llegamos a la ciudad. Ahora me siento incómodo. Me llevo las manos a la nariz. En mis palmas tengo el olor de su pelo. Madreselva, sal y arena. Habíamos vuelto esa mañana de las vacaciones. En cuanto bajamos del autobús nos pusimos en marcha hacia la universidad porque Nur tenía que llegar a una clase esa mañana. Clase de epistemología.

—Sáltate la clase y luego le pides los apuntes a alguien —le dije durante nuestro viaje de regreso a Estambul. En el autobús, el asistente estaba sirviendo Nescafé. El domingo se transformaba en lunes. Las vacaciones se transformaban en la vida, los sueños en realidad. Yo me aferraba a Nur para no desprenderme de ellos. Mis dedos se paseaban por su pelo de erizo. El autobús se aproximaba a la ciudad a toda velocidad por la carretera de circunvalación recién inaugurada. Los adormilados ojos de Nur contemplaban el exterior por la ventanilla. A nuestra derecha la superficie de la bahía estaba como una balsa de

aceite. Completamente lisa. Violeta, rosa, morado... No era el mar en cuyo azul cristalino habíamos estado zambulléndonos una semana entre gritos de alegría. Me ponía nervioso. Quería dar media vuelta.

—No puede ser. He cogido como optativa esta asignatura del departamento de filosofía. No conozco a nadie en la clase. Además, no me aclaro con los apuntes de otros. Tengo que ir.

Y fuimos, pero Nur no pudo asistir a aquella clase.

Los árboles de Judea habían florecido. Los cerros morados y el azul del mar, la elegante curva del Bósforo y el verde de las plantas y los pinos del camino que descendía al campus sur, todo era extraordinariamente bonito. A nuestro lado pasaban un montón de parejas, de la mano o abrazados. Yo no me atrevía a coger de la mano a Nur. Caminaba absorta a mi lado, con la mochila más grande que ella y, colgando de la mochila, el saco de dormir, la tienda y la cantimplora y la taza metálica de camping balanceándose a izquierda y derecha. En su corto pelo se había secado muy blanca la sal del mar, en el que nos bañamos ayer por última vez. La morena cara se le veía macilenta. Me tranquilicé pensando en que sería el cansancio del autobús. No podían haber quedado tan lejos nuestro valle, nuestra desierta playa, a la que solo se podía llegar por mar, ni las noches en que bebíamos vino junto a la hoguera donde asábamos salchichas, en que contábamos constelaciones y en las que, después, hacíamos sudorosos el amor en la diminuta tienda.

Cuando llegamos a la verde explanada, Nur se volvió hacia mí. La voz le sonó suave y tenía el rostro dulce como el de una niña.

—Mira lo que voy a decirte, Burak. No puedo faltar a esta clase, pero después tengo un *gap* de tres horas. Iba a ir a casa a soltar la mochila, pero da igual. Nos quedaremos en el césped. Compraremos hojaldres de patata y té en la cantina central. He echado de menos hasta el horrible té de la universidad. ¿Eh, qué me dices? Si quieres, hasta podemos bajar a Hisar. Nos tomamos unos perritos en el puesto y nos sentamos en Ali Baba.

Su mano apretó la mía. Cálida. Firme. En un instante me deshice de todas mis preocupaciones. Me dieron ganas de reírme a carcajadas. De no habérmelo impedido la enorme mochila a su espalda, le habría echado el brazo por encima y la habría apretado contra mí. Pero me limité a asentir con la cabeza como un imbécil. Dejó la mochila en el suelo, abrió la cremallera del bolsillo frontal y sacó la tarjeta de teléfono.

—Voy de una carrera a llamar a mi madre para decirle que hemos llegado y que no se preocupe. Quédate tú aquí con las mochilas, en los *steps*, no tardo ni dos minutos.

Paremos el tiempo justo ahí, Nur. Digamos «¡corten!» y que la película se congele en ese fotograma. Cuando llegues a la cabina, vuélvete y salúdame con la mano. Que tengas una sonrisa infantil en los labios. Que revoloteen al viento las finas faldas de tu vestido veraniego, cortísimo y multicolor. Que los muchachos que pasan a izquierda y derecha te miren las piernas. Tú vuélvete y mírame. Sonríe con la tarjeta telefónica que aprietas entre los dientes y saluda.

Que el tiempo no meta la mano en el momento más feliz de mi vida.

No fue su madre quien respondió al teléfono, sino su hermano Fikret. Süheyla Bulut había sufrido un ataque al corazón aquella mañana. Nur dejó caer el auricular sin esperar a que su hermano terminara de hablar. Salió de la cabina mientras el auricular se balanceaba al extremo del cordón. Dio dos pasos. Un muchacho le devolvió la tarjeta, que Nur había olvidado en el teléfono. Nur levantó la cabeza y me miró, sentado en los *steps*. El lugar de la sonrisa infantil de poco antes lo había ocupado un dolor duro, punzante. Yo estaba perplejo. Con la perplejidad del espectador que creía haber ido a ver la función más bonita de su vida. Mucho después comprendí que no había sido el tiempo sino aquel dolor duro y punzante lo que había hecho pedazos el momento más feliz de mi vida.

Nur nunca volvió a sonreír así. Ni a mí, ni a nadie.

—¿Burak? ¿Qué haces, hombre? ¿Hola? ¿No vienes? ¿Te has vuelto a quedar dormido?

Selin entreabrió la puerta y asomó la cabeza. Cuando me vio de pie delante de la ventana, en camiseta, se retiró nerviosa. Fui a dejar la jarra en la mesilla de noche. Se me había clavado un puño en el corazón. Me puse los pantalones con la camiseta negra de Metallica y me dirigí al baño que separaba el cuarto de Nur del mío.

Le había mentido a Burak.

No fue esa mañana cuando me di cuenta de que mi padre se había marchado. Anoche vino a mi habitación y se despidió de mí. No sé si era de noche o de madrugada. Estaba dormida. O sea, no estaba dormida, pero, por él, hice como si lo estuviera.

Llevaba colgada del hombro aquella bolsa de ordenador pasada de moda. Vio que yo entreabría los ojos, pero no comprendió que me había despertado. Se inclinó en la oscuridad y me dio un beso en la mejilla. Me entró el pánico. Yo olía a vino, tabaco y hierba. En parte por eso no abrí los ojos. Ojalá hubiera hecho como la tía Nur y hubiera terminado la noche tomando solo coñac y fumando algo de hierba. El coñac huele a nobleza y apaga los demás olores. ¿Dónde tenía la cabeza?

Por entre las cortinas se filtraba una luz pálida. ¿Había salido la luna? Pero a medianoche, mientras estábamos sentados en el embarcadero, la luna no estaba en el cielo, estoy segura. La tía Nur nos explicó el fenómeno de la bioluminiscencia. Se veía en el mar las noches sin luna. Burak se metió en el agua hasta las rodillas y salvó nuestro vino. ¡Burak, *my hero*! Cuando metió la mano en el agua fluyeron estrellas de sus dedos. Nunca había visto nada parecido. Me quedé hechizada. Yo también quise meterme en el agua, pero lo dejé por si les parecía una niñería. Luego la tía Nur lio un porro. Me lo pasó a mí también. Y, mientras me lo pasaba, me dijo: «Que no se te ocurra decírselo a tu padre, que me mata», y se echó a reír. No pienso decírselo.

La risa de la tía Nur es muy bonita. Su risa es como el coñac que bebe. Ronca, áspera y cálida. Le di una calada al porro y se lo pasé a Burak. Nos miramos muy brevemente. Solo fue un momento. Se me vino el corazón a la boca, literalmente. Una sensación súper. Los latidos de mi corazón me hechizaron tanto como la luminiscencia del mar.

El bigote de mi padre se parece a la risa de mi tía. También es áspero y cálido. Cuando me besó, me lo clavó en la mejilla. Me hizo cosquillas. Me entraron ganas de soltar una risita como cuando era una cría, pero cerré bien fuerte los labios para que no notara cómo me olía la boca y seguí haciéndome la dormida. Si me olía a porro se enfadaría con la tía Nur. Pero ¿de qué va a saber mi padre cómo huele un porro? En fin, mejor no arriesgarme. No quiero que mi tía se enfade conmigo. De vez en cuando me llama al móvil y quedamos. Me lleva a sitios que no conozco. Por donde la mezquita de Süleymaniye comemos judías blancas con arroz y luego paseamos por Zeyrek, Fatih, Beyazıt, el mercado de los libros, el bedestán del Gran Bazar... En Eminönü, antes de tomar el tranvía, compramos en el mercado de allí aceitunas y queso. Una vez fuimos a un caravasar de dos pisos con un gran patio en medio en el que se apilaban chaquetas de cuero de segunda mano. Allí, entre los montones de chaquetas polvorientas y que apestaban a borrego, mi tía encontró una trinchera con cinturón de cuero negro muy elegante que le llegaba por debajo de las rodillas y se la compró. La llevó a limpiar y la estrenó. Parecía una actriz de las películas de los viejos tiempos. Mi madre no conoce esos sitios. Como mucho, Sultanahmet, Santa Sofía y quizás, si la presionas, un poco del Gran Bazar. Mi padre sí. Los conoce pero no le gusta que ande por allí. Claro, al fin y al cabo, son sitios poco seguros.

Por la mañana, cuando me desperté era todavía muy temprano. Lo supe por la luz rosada de fuera. Sin abrir los ojos pensé en la visita de mi padre de esa noche. ¿O había sido un sueño? Un hombre alto y delgado que inclinaba la cabeza a la

extraña luz azulada que se filtraba por los visillos y un bigote que me hacía cosquillas en la mejilla. Totalmente material de sueño. Pero no había sido un sueño, sino realidad. Lo sabía. Lo cierto era que todavía tenía mucho sueño, pero me ganó la curiosidad. Me levanté. Me puse la ropa de ayer con los ojos medio cerrados. Unos vaqueros cortos y una camiseta blanca de tirantes. Ya me pondría luego el sujetador. Entré en el baño que separaba mi habitación de la de mi padre. Miré al espejo mientras me lavaba los dientes. La puerta que daba a la parte de mi padre estaba entreabierta. La empujé con un dedo. Crujió. En este chalet nuestro no hay puerta ni parquet que no cruja. En verano la casa se hincha y en invierno encoge. La casa es como las articulaciones de la abuela. Cruje.

Entré en la habitación con el cepillo de dientes en la boca y, tal como suponía, mi padre no estaba. La cama estaba sin desahacer. La colcha beige con flecos cubría perfectamente lisa la cama de cabecero de latón. Sadık hace las camas así, como si fueran de hotel. Me tengo que pasar la noche dando patadas para sacar la sábana de las esquinas donde la apretuja la colcha. Definitivamente, mi padre se había marchado. Información segura. De repente se despertó la detective que llevo dentro. Dejé de cepillarme los dientes. Se me vino Burak a la mente. Burak es periodista. Periodista de investigación. También es famoso por sus entrevistas. Hace años publicó una en un periódico con nuestro veterano Sadık. Cuando era pequeña y se me acababa lo que podía hacer sola en la casa, iba a la habitación de paredes de ladrillo rojo de Sadık. Había recortado la entrevista y la había pegado a la pared de su cabecera con celo. Yo quitaba con cuidado el recorte de la pared, lo leía y miraba la borrosa fotografía de colores desvaídos. En esa fotografía fue la primera vez que vi la cara de Burak. Él y Sadık estaban sentados uno junto al otro en un sofá. Y detrás tenían un óleo de la abuela. Un cuadro en el que unos hombres diminutos ataban a un gigantón. Detrás, un puente de piedra, cirios enormes y mujeres de luz. Como siempre, ninguno tenía cara. Tampoco el

gigante. En cuanto a la cara de Sadik en la fotografía, era la clásica. Miraba al objetivo con esa mirada preocupada de búho. En la fotografía Burak está más joven que ahora. Con el pelo más negro, aunque todavía rizado. También son distintas las gafas. Él también sonreía con timidez. Pero la verdad es que ahora resulta más atractivo.

Abrí el armario de mi padre. La nariz se me llenó con los olores de mi niñez. Polvo, jabón, madera caliente. El olor de los armarios viejos de las casas de la isla. Debería tener una entrada en un diccionario de términos populares porque no hay nada que se le parezca. Quien lo conoce, lo reconoce. En fin... La cosa era tal y como me sospechaba. La mochila pasada de moda no estaba. Seguían allí sus camisas y sus pantalones. Solo se había llevado aquellos náuticos que no me gustaban nada. Se los había calzado y se había largado. Volví al baño. Me enjuagué la boca. ¿La loción de pino, el cepillo de dientes, la cuchilla de afeitar? Todo seguía allí. Ay, Dios, ¿y si no se había ido a ninguna parte? Pues qué mal. Bueno, ¿estaba ese ordenador portátil que pesaba como un burro muerto? Miré. El ordenador no estaba donde solía. ¡Bien! También se había llevado el cargador de cable grueso que usa siempre porque la batería no carga de puro vieja. Así que también lo metió en la bolsa. Ya iban tomando forma los primeros datos.

Fikret Bulut había abandonado la casa de noche. Aparte del ordenador portátil de tiempos del Diluvio, no se había llevado nada consigo.

¡Justo como el principio de una novela policíaca! Súper.

La curiosidad borboteó dentro de mí, como alegría. Mientras jugaba a los detectives, Burak, el periodista de investigación, me haría de ayudante. Repasaríamos juntos los acontecimientos de ayer. ¿Cuándo fue el último momento en que vi ayer a mi padre? En la mesa del desayuno. No bajó a cenar, pero nunca cena. ¿Dónde estaba esa noche mientras nosotros bebíamos en el embarcadero? Una ecuación con muchas incógnitas. Puede que hubiera dejado una carta, como en las pelícu-

las. Fui de inmediato a su mesa de trabajo, en un rincón del cuarto. Un tintero, un cuaderno de notas pequeñito con las tapas de cuero rajadas, una libreta de teléfonos pasada de moda... No, ninguna carta. Ni una nota. Mi padre no estaba. No tenía nada excepto la sensación de cosquillas que me había dejado su bigote en la mejilla.

¡Ay, qué emoción! Tenía que despertar de inmediato a Burak.